

He aquí la esclava del señor

Domingo IV Adviento. Ciclo B
2Sam 7,1-16; Sal 88,2-29; Rm 16,25-27; Lc 1,26-38

En aquel tiempo, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María. El ángel, entrando en su presencia, dijo: «Alégrate, llena de gracia, el Señor es contigo; bendita tú eres entre las mujeres». Ella se turbó ante estas palabras y se preguntaba qué saludo era aquél. El ángel le dijo: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios. Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin»... María contestó: «He aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

LA PRIMERA LECTURA del libro segundo de Samuel relata la entrevista de David con Natán, que augura la grandeza del reino davídico.

Lograda la paz, el rey David quiso construir un templo para el Señor. Aunque el profeta Natán aprueba el proyecto, no será David quien construya el templo, la voluntad de Dios es otra: Yahvé le dará una "casa", una descendencia y un reino que durarán por siempre. Así pues, David no se apoyará sobre la estabilidad de un templo, sino sobre la fortaleza que Dios dará a su casa, de la cual nacerá el heredero de la promesa. El pleno cumplimiento de esta profecía se tiene en Cristo, piedra angular empleada en la construcción del nuevo templo (1 P 2,4-10). El cuerpo de Cristo resucitado que vive en su Iglesia, es el verdadero templo (Jn 2,20-22). Dios habita en medio de nosotros en el cuerpo de Cristo, hijo de David e Hijo de Dios (Jn 1,14).

Natán le da a David el mensaje siguiente: "Tú no pondrás tu fuerza y esperanza en un templo construido por mano humana. Tu seguridad está, más bien, en la promesa de Yahvé, esta será tu seguridad, esta será tu fortaleza. De esta descendencia nacerá el Mesías. Este oráculo es el que ha servido de fundamento a un tema característico de la historia de la salvación, que estriba en el templo de Dios, en la morada de Dios entre los hombres. La tradición cristiana ha reconocido en Jesús de Nazareth, Hijo de Dios e hijo de María, ese verdadero templo, morada de Dios.

El Señor le hace ver a David que la cuestión de importancia no es tanto que le construya un templo, sino amparar y estar siempre junto con su pueblo. Es la idea que se anuncia en la Encarnación de Dios: Yahvé se identifica con el hombre, con su vida real más honda, Dios quiere que lo recibamos, que lo acojamos en el corazón, en el centro de nuestra vida. El hombre de hoy, con los avances y con su dominio de casi todo, no se siente, sin embargo, autor de su propia salvación. No puede serlo y trata reacoger y hallar su ser y salvación en ideologías, sistemas, métodos..., en toda otra cosa, con tal de no reconocer que la salvación viene de fuera, viene de Dios. Aquellos que la ven y reconocen la dimensión trascendente del hombre, ya han empezado de alguna manera a creer que la salvación tiene su fuente en Dios.

LA SEGUNDA LECTURA tomada de la carta de San Pablo a los Romanos es la doxología final que se refiere al Evangelio y predicación de Jesucristo; la fe se fortalece con

la revelación del misterio manifestado por los escritos proféticos, a todas las naciones por orden del Dios Eterno.

Dios viene, Dios está por venir y es María, la doncella de Nazareth quien será la "digna morada" para su Hijo. ¡Misterio inconmensurable: Dios viene al hombre! ¡Dios se hace hombre en el seno de una virgen purísima, su creatura! "Aquel a quien el orbe no puede contener, en ti, se ha encerrado y se ha hecho hombre".

Misterio, dice hoy San Pablo, que ha sido mantenido en secreto durante siglos y que ahora se ha manifestado. "Dios, en el sublime acontecimiento de la encarnación, se ha entregado al ministerio libre y activo de una mujer". Dios ha querido pedir la colaboración de María en la encarnación de su Hijo. María, por tanto, debe alegrarse porque es "agraciada", porque es privilegiada. Ha sido perseverada de toda mancha de pecado, para ser digna morada de su Hijo. La Encarnación del Verbo es una invitación al gozo profundo.

Al escuchar el mensaje del ángel, María es invitada en primer lugar a la alegría. "Alégrate María". Ciertamente se trata de una alegría especial, la alegría que nace. María debe alegrarse, porque el Señor viene, el Señor se encarna en ella, porque ha llegado la plenitud de los tiempos y Dios está con nosotros. Ella es "llena de gracia y el todopoderoso ha hecho cosas grandes en ella". La alegría cristiana nace de este acontecimiento: Dios ha venido en rescate del hombre que se había perdido por el pecado. El Mesías esperado está aquí y su llegada supera cualquier expectativa. "Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo en el templo al Padre, padeciendo con su Hijo mientras él moría en la cruz, cooperó en forma del todo singular, por la obediencia, la fe, la esperanza y la encendida caridad, en la restauración de la vida sobrenatural en las almas. Por tal motivo, es nuestra madre en el orden de la gracia" (Lumen Gentium 61).

El misterio escondido por siglos se ha manifestado en Cristo, con el fin de atraer a todos a la obediencia de la fe; porque tanto ha amado Dios a los hombres que les ha dado a su Hijo Único.

El SANTO EVANGELIO, según San Lucas cuenta cómo el Arcángel Gabriel anuncia a María la Encarnación del Hijo de Dios. Este domingo último de Adviento es el inmediato a la celebración de la Navidad. María se nos presenta como el gran modelo de entrega a la voluntad de Dios y de cómo abrirse a la venida del Señor.

María es para nosotros ejemplo de FE y nos enseña que sólo desde la fe se puede aceptar el gran misterio de la voluntad de Dios, porque "la fe es dar un sí generoso a lo que no vemos, fiados de lo que Dios nos dice..." María, que "supo esperar sin desesperarse", es para nosotros modelo de ESPERANZA, porque convirtió su tiempo de espera en un "tiempo de esperanza" para la humanidad. Y María es para nosotros modelo de CARIDAD, porque nos supo ofrecer lo más valioso para Ella, su hijo Jesús... En vísperas de la Navidad, nos agarramos a María que nos enseña a vivir la entrega libre, LIBERTAD, y el servicio generoso a Dios y a los demás... Tenemos en María el secreto para vivir una feliz y gozosa Navidad... su SÍ; aquel primer Sí provocó el nacimiento de Jesús...

Por medio de las palabras del ángel dirigidas a María, nosotros conocemos la Encarnación del Hijo de Dios, el misterio del Emmanuel, del Dios con nosotros. Ya lo expresa San Juan: *Dios es Caridad* (1 Jn 4,8). Aunque la vida de Dios es inefable, sabemos por los datos de los místicos, y, sobre todo, por la observación de la vida de Cristo, que la vida de Dios es un amor sin límites, que el Espíritu de Dios es un Amor que se ha derramado en nuestros corazones, que Cristo vivió, murió y resucitó en y para el amor. El Hijo de Dios está y participa en esta vida de amor, es amado por Dios, vive el amor de Dios, prolonga el amor de Dios, deja que el Espíritu en su alma respire amor. Por tanto, el ser hijos de Dios entraña amar por voluntad y necesidad. El hijo necesita llamar a Dios, "Padre", el Abba Eterno, y sentirse hijo. El Hijo confiará y amará y vivirá para el Padre. El Hijo reconocerá y amará a los hermanos, que en el amor forman la gran familia de los hijos de Dios. ¡Todos pueden ser hijos de Dios!

Pero «Vino a los suyos, y los suyos, el mundo no lo recibió», comenta con amargura el evangelista. El hijo actuará y predicará, para que todos crean en el Hijo, y lo reciban y lleguen a ser todos hermanos, y el mundo se inunde de fraternidad y no haya más distinción entre los hijos de los hombres y los hijos de Dios. Y, cuando todos sean hijos en el Hijo, el Reino de Dios se habrá realizado en la concreta realidad de la historia humana; tras una larga esperanza en el pueblo de Israel, la venida del Niño en la sencillez de una familia del pueblo nos abre a la gran esperanza, a la gran alegría, que no podemos reducir a una superficial celebración en la inmediata Navidad. Es preciso que llegue a lo más hondo de nuestra vida, a lo hondo del corazón cada día.

Aquella muchacha de Nazaret recibe el anuncio de la venida del Señor, a su vida, a su realidad, incluso a su cuerpo. Y se abre a esta venida con absoluta confianza, con plena fe, aunque no comprenda, cómo se realizará, aunque supere sus esquemas naturales "¿cómo será eso?". Y sabe dar el "fiat", su "sí" sin reservas, en una respuesta de fe y de esperanza, mucho más allá de las previsiones naturales, cotidianas.

"El Señor está contigo", a Dios nada le es imposible. El Señor ha elegido a una humilde doncella de un pequeño pueblo de Israel para constituirla en madre de su Hijo. El poder del Espíritu Santo la cubrirá con su sombra y tendrá lugar en ella el misterio escondido por los siglos, el misterio de la encarnación del Verbo de Dios. Admirable misterio del amor de Dios, por lo que podemos repetir con el salmista en este domingo: Cantaré eternamente las misericordias del Señor.

Cuando en la vida del hombre se insinúa el fracaso, el decaimiento de la fe, la pérdida de la esperanza, es preciso volver a esta verdad fundamental de nuestra existencia: "Dios se hizo hombre por amor a los hombres y para redimirlos del pecado. Para Él nada hay imposible y Jesús ha triunfado de la muerte y del pecado". El *mysterium iniquitatis* ha sido vencido por el *mysterium pietatis*, es decir, por el amor misericordioso e indulgente de Dios que se da sin cálculo y sin medida. La misericordia de Dios es mucho más grande que el pecado. En la misericordia de Dios, el mundo encontrará la paz y el hombre la felicidad: para Dios nada es imposible; del desierto puede hacer hermosos vergeles y sembradíos. El que es Dios, alienta en nosotros la vida de Dios. Nuestra filiación divina se produce en la medida que nos unimos e incorporamos a Cristo.

Camilo Valverde Mudarra